

# PORTUGAL

---

## CAPÍTULO SEXTO

### LISBOA

---

1852.

Dice el proverbio: *Quien no ha visto a Lisboa, no ha visto cosa boa*. Todas las narraciones de viajes nos dicen otro tanto, y en cualquier libro de geografía se puede leer que la capital de Lusitania, juntamente con Constantinopla, Nápoles, Estokolmo y Rio Janeiro son las ciudades mas hermosas del mundo. ¿Cómo diré, pues, la impresion que en mí produce? Me parece un inmenso hacinamiento de casas en las márgenes de un rio, que nada tiene de característico ni de pintoresco. Para ser característica la ciudad, necesitaria edificios notables y originales; para ser pintoresca, le falta el campo. Está construida sobre una colina y se termina bruscamente en el horizonte, sin tener ese fondo tan interesante para la armonía de la perspectiva. Todo es tan extenso, tan ancho y se dibuja de tal modo en el azul del cielo, que involuntariamente se busca una cadena de montañas, la espesura de una selva en que la vista pueda descansar.

El cielo, a lo largo de la costa portuguesa, casi siempre está nebuloso y cubierto; el aire y el agua no tienen esos tintes calientes tan admirables en los países del Mediodía. No se ven palmeros ni cipreses, todo es frio y monótono como en algunas comarcas de Alemania: ciudad por ciudad, Praga es mucho mas pintoresca. La *Otrabanda* es la única parte verdaderamente hermosa, y sin

embargo no tiene bastante grandeza para que la impresion que produce aproveche al conjunto.

A lo largo del rio y en el espacio bastante estrecho que no está en la pendiente, hay largas calles regulares y hermosas plazas como se ven en pocas capitales europeas. La *Praça do commercio* es verdaderamente magnífica: es el centro de la ciudad nueva; todos sus edificios están uniformemente construidos por el estilo neo-romano y son de una blancura deslumbrante. Varias anchas vías paralelas terminan perpendicularmente en esta plaza: las mas hermosas son la *Rua Augusta* y la *Rua Aurea*. La *Rua Buonavista*, paralela con el Tajo, termina en el palacio de *Necesidades*, que está hoy ocupado por la reina y por su familia. En estas diversas calles se encuentran vastos edificios, verdaderamente dignos de una gran ciudad con almacenes ricamente decorados. Acercándose a *Necesidades*, las casas son ménos regulares y están ménos bien alineadas: conforme al gusto portugués, están pintadas con aceite de vivos colores, verdes ó azules generalmente.

En la pendiente de la colina se halla la ciudad antigua, que forma con los nuevos cuarteles el contraste mas completo. Es una tortuosa greca que sube y que baja: las calles están embarazadas con muladares, cadáveres de animales y ratas: es necesario tener un gran valor, no ya para habitar allí, sino para transitar por aquellos puntos. Sin embargo, los portugueses nada de esto quisieran cambiar por todo el oro del mundo: se encuentran a sus anchas en medio de aquellos arroyos y aquellas montañas de inmundicias; parece que son su elemento.

Recorriendo las calles de Lisboa queda uno persuadido de que hay en la ciudad tantos loros como cristianos, y cerrando los ojos, podria creerse en alguna selva virgen del Brasil. En cada piso, en cada ventana se vé uno de esos pájaros de pintadas plumas: las conversaciones que estos ciudadanos de América cambian entre sí desde el primer piso hasta la buhardilla, de palacio a palacio y de casa a casa, son un suplicio para los oídos. No abunda ménos la ciudad en negros y negras que forman aquí una colonia particular. Ejercen el monopolio de blanquear las casas; se creeria que este privilegio, bastante cómico, les fué concedido en otro tiempo por algun extravagante capricho de las autoridades.

Hay en Lisboa una especie de carruajes llamados *sech* que son muy originales y perfectamente a propósito para el carácter del terreno: es una pequeña carretela montada sobre dos ruedas enormes y tirada por dos caballos, de los cuales uno vá enganchado en las varas, y en el otro vá montado el conductor. Este vehículo parece que debe ser muy incómodo y al mismo tiempo muy peligroso; pero puede tener sus ventajas para hacer largas correrías en la ciudad, a causa de la desigualdad del piso.

La alta sociedad se viste a la francesa. Las mujeres del pueblo usan pañuelos blancos en la cabeza y unas grandes capas muy pesadas, indispensable precaucion contra los inconvenientes del clima, porque en medio de los calores del mas ardiente vérono, cae repentinamente sobre la ciudad un frio glacial, y la corriente de aire del Tajo sopla en las calles con grande aspereza.

En nuestro país nos formamos de Lisboa una idea muy equivocada. Nos representamos a la ciudad rica en monumentos históricos, situada en la comarca mas risueña, con el clima mas suave; la embellecemos con todo el esplendor de los tintes meridionales, con toda la magnificencia de una vegetacion tropical; nos imaginamos que el Tajo corre bajo un cielo azul, al pié de palacios de mármol, sosteniendo en sus plateadas olas centenares de góndolas doradas y galeones cargados con metales preciosos; nos figuramos en sus márgenes un pueblo bullicioso y festivo que canta melodiosas canciones acompañándose con las armonías de la guitarra. Pero todo esto no es mas que fantasía: la ciudad es grande, pero diseminada sin plán alguno; no es raro encontrar las casas separadas por campos, siendo la arquitectura de aquellas vulgar y monótona; no hay azoteas como en el Sur, sino techos inclinados como en nuestro país. En materia de monumentos, casi nada se encuentra, aunque es verdad que la ciudad carece de carácter histórico.

El campo mismo nada tiene de pintoresco: se ven largas cadenas de colinas como en Alemania, pero no están cultivadas con el mismo esmero que entre nosotros: hay pocos árboles, y numerosos molinos de viento que hacen pensar en Leipzig. Las *quintas* de los ricos, habitaciones de campo formadas a los lados de los caminos, son las únicas que recuerdan con su vegetacion que es-

tamos en el Mediodía; pero si por un momento puede el viajero entusiasmarse a la vista de un bosquecillo de naranjos ó laureles, un golpe de viento glacial y un cielo gris vienen muy pronto a calmar sus trasportes.

Pasó ya el tiempo en que habia góndolas en el Tajo: las riquezas de Portugal han desaparecido bajo el azote de la revolucion y bajo la mano protectora de Inglaterra. El pueblo, que presenta una grande semejanza con los monos, es grave y desconfiado; su idioma, si Dios tiene piedad de nuestros oídos, no deberá ponerse en canciones jamás, porque en mi vida he oído nada mas discordante y mas monótono: es a la lengua española lo que el dogo al lebel; y ya que de perros hablamos, diré que en ninguna parte he visto correr por las calles tantos sueltos y sin dueños: las relaciones de viajes nos dan sobre sus hazañas pormenores que nos hacen temblar.

He pasado quince dias en Lisboa, y he dedicado todo este tiempo a mis parientes y a mis amigos.

Al dia siguiente a nuestra llegada fué preciso hacer una visita a la corte. Para conducirnos vino hasta nuestro buque un galeon real. Era una pesada embarcacion de los tiempos antiguos, adornada con ricos dorados y cubierta con un baldoquin escarlata; viejos remeros con los piés desnudos, los pantalones rotos, las chaquetas galoneadas de oro y las cabezas extrañamente cubiertas, maniobraban sobre aquella máquina y daban a compás cada golpe: nos llevaron hasta la ribera en medio de las salvas de artillería de la armada portuguesa.

La honra nacional aconsejaba que nos desembarcasen al pié de las gradas de mármol de la *Praça do Commercio*, que es la gloria de Lisboa; pero en lugar de esto llegamos a la extremidad de una hilera de casas sucias, y fué necesario subir con grande riesgo de nuestro aseo por un camino escarpado, en medio de piedras, de polvo y de lo demás. Llegamos por fin con el sudor en la frente a una calzada de difícil acceso, donde encontramos el carruaje de gala de la reina. Tirados por seis hermosos y robustos caballos blancos y rodeados por un escuadron de picadores vestidos de rojo y oro, caminamos cómodamente hasta el terrado en que se encuentra el palacio de *Necesidades*.

Este edificio es pequeño, pero de aspecto agradable, construido por ese gracioso estilo que guarda un término medio entre el del siglo diez y seis y el churrigueresco. Desde las ventanas y los balcones se disfruta de una vista interesante sobre una parte de la ciudad, el ancho rio y la *Otrabanda*. El patio estaba cubierto con arena encarnada muy fina, que hace un efecto agradable: pasamos por una hermosa escalera en la que fuimos recibidos, conforme al antiguo ceremonial, por numerosos criados de variadas libreas, con bastones y alabardas.

En la primera pieza del piso principal, estaba el actual sol de Portugal, el genio universal, el *Deux ex machina*, el duque de S. . . . ya que es preciso mencionarlo con su nombre. Es el favorito del momento: reúne en su persona los diversos títulos de presidente del consejo, general en jefe del ejército, ministro de guerra, gran maestro de ceremonias y ayudante de campo general de la reina: en una palabra, es todo. Es un hombre grueso, que trae en el pecho una constelacion de condecoraciones, rizados los cabellos blancos como la nieve; bigotes retorcidos que terminan en puntas, tez aceitunada y anteojos oscuros montados en acero. En sus relaciones con la reina y los jóvenes príncipes, es el mas vulgar de los cortesanos.

Tuvimos que atravesar una série de salas de recibir, para llegar hasta la familia real. No puedo describir la impaciencia que tenia por conocer a la reina, cuya personalidad me interesaba por muchos títulos: era mi próxima parienta, una mujer que reinaba y habia tenido una vida de las mas agitadas. Deseaba verla en el seno de su familia, y conocer su persona física: mis votos se cumplian entónces, y la veía en pié, delante de mí, con un elegante traje, rodeada de su esposo y sus tres hijos mayores.

María da Gloria es alta y pone bien la cabeza, sus facciones son nobles y graves, su cabellera rubia y fina. Tiene los ojos azules de los Hapsburgos, manos pequeñas y desgraciadamente una gordura completamente portuguesa, llevada hasta un grado que asusta y realmente inaudito. A pesar de esto (lo que es el mayor elogio de su gracia natural), está llena de elegancia, y tiene vivacidad en sus movimientos. La he visto correr como una niña en sus habitaciones, y he oído decir que baila con gracia y sube muy listamente

en su coche. Vestida con un gusto exquisito, parece seductora, no obstante su obesidad: se podría añadir que hay momentos en que es hermosa.

La primera vez, y aun el primer día, me pareció reservada; apenas dijo algunas palabras, expresándose en francés muy agradablemente; mas a medida que se estableció la intimidad, desaparecieron las reservas, se mostró alegre y espiritual, aunque siempre de una manera moderada, como si tuviese pereza para hablar, lo que le da cierta apariencia de sequedad.

Cuentan hermosos rasgos que dan testimonio de su valor personal; pero le falta la energía que sabe llevar las cosas a buen fin; el ardor perseverante que con nada se cansa: puede ser muy bien que su monstruosa corpulencia sea la causa física de este defecto. Como esposa y como madre, es un raro modelo de virtudes en el seno de aquel Portugal tan corrompido. Observé con gusto que en sus adornos, en su modo de sér y en la forma con que tiene organizado su palacio, ha tomado mucho de los ejemplos alemanes.

Goza de grande popularidad y de la estimacion de todos los partidos. Si ha conservado estas ventajas en los tiempos difíciles y en medio de los trágicos sucesos, por los cuales ha pasado Portugal, lo debe en parte a su sexo: una mujer siempre sabe encontrar apoyo en la desgracia, se le perdona la debilidad y se admiran todas las pruebas que da de su energía.

Al lado de su corpulenta esposa, el rey parece pequeño, a pesar de su elevada estatura. Fácilmente se le encuentra mucha semejanza con Francisco I de Austria: tiene solamente treinta y siete años, pero representa mas edad, por la costumbre que tiene de llevar la cabeza inclinada. Por lo que toca a su talento y a su carácter, no puedo juzgar con perfecto conocimiento, en razon de haber permanecido muy poco tiempo en Lisboa: sin embargo, me siento inclinado a creer que se halla distante de la altura de su tío Leopoldo de Bélgica. Tiene en mucha importancia los testimonios de honor que se le deben, y estos van aquí mucho mas léjos que en nuestro país; pues en un viaje que hizo por las provincias, lo cercó el pueblo pidiéndole su bendicion, y él se la dió. Lleva el tratamiento de *Majestad Fidelísima*, que es uno de los títulos que el

pontificado confirió a las cinco potencias que sostuvieron la autoridad de la Iglesia; pero como esposo de la reina, bien poco le conviene esta calificación. El esposo de una soberana reinante de Portugal, no obtiene el título de rey sino hasta despues que ha nacido un heredero del trono. Desde la dictadura de S . . . la situacion del rey es muy penosa: quiso su desgracia que en tiempo de la revolucion se viese obligado a abdicar el mando del ejército.

Merece sinceros elogios por haber introducido en su familia la sencillez alemana, y en su corte el gusto de las naciones civilizadas. En *Necesidades*, se ve reinar el espíritu de la familia germánica: los padres se ocupan de sus hijos, y la educacion de estos se dirige de una manera metódica: estudian cosas serias, hablan perfectamente los idiomas extranjeros, se les obliga aun en las horas de recreo, a trabajar en cosas útiles, como por ejemplo, en formar colecciones de historia natural, para lo cual las colonias proveen de un magnífico contingente, y por último, se les enseñan los ejercicios corporales que dan al mismo tiempo fortaleza y desembarazo en los movimientos.

Los tres mayores estaban presentes, cada uno con el uniforme que le corresponde: el príncipe real con el de general: Don Luis, mi camarada de profesion, con el de marino; y Don Joao, con el de oficial de infantería.

El príncipe real tiene muy marcadas las facciones de la casa de Austria, lo que le concilió mi simpatía desde nuestra primera visita. Posée un tesoro de excelentes disposiciones naturales, que por desgracia no ha sido bastante explotado; por que a pesar de la buena voluntad de sus padres, no parece que han tomado demasiado empeño en formarle ese carácter enérgico de que un príncipe necesita tanto en el día, sobre todo, atendiendo a la situacion incierta que guarda Portugal. Educado con las ideas liberales de su padre, no ha podido prevenirse contra las lisonjas de S . . . y de la corte: pero, ¡qué raro es en general encontrar en un príncipe esa firmeza y esa independencia de juicio, que son la única base en que un soberano puede apoyarse para hacer el bien, esa mirada viva y penetrante que le es mas útil que el mejor consejero, y que le permite distinguir la razon de la locura, y el buen camino del malo! Don Pedro debería viajar por el extranjero, fuera de to-

da influencia portuguesa, para aprender a discernir el bien del mal. <sup>1</sup>

Don Luis es un jóven fresco y despejado, lleno de genialidades graciosas y traviesas; habla mucho, y bien; corre por sus venas la mas alegre sangre vienesa.

Don Joao es enteramente distinto de sus hermanos: silencioso y grave, tez lívida, cabellos negros, ojos de igual color y de mirada profunda; no tiene huella ninguna del elemento germánico; es un orgulloso Braganza de los antiguos tiempos.

Comí dos veces en la corte durante mi permanencia en Lisboa. A pesar de la parsimonia que reina de ordinario en el gasto del palacio, la mesa fué magnífica: todo era perfecto, cocina y servicio. Para mi gusto, solo un defecto habia, y era la grande abundancia de platos.

La mayor parte de todo lo que la corte tiene de grande y hermoso, data de la época del esplendor colonial. Me agrada ese lujo que se compone de viejos tesoros de arte históricos, transmitidos en una familia de generacion en generacion.

Una cosa me sorprendió en el ceremonial: a la entrada de la reina en el comedor, fué saludada por una música militar que tocaba el himno del país. Aquí no se acostumbra en las visitas de los príncipes extranjeros, hacerles oír su himno nacional. Otra circunstancia singular: las personas que sirven en la mesa, usan el cordon rojo de la órden portuguesa. Los personajes con quienes establecí relaciones en las comidas de la corte, son: el cardenal patriarca de Lisboa, el mariscal de campo duque de Terceira, gran escudero de la reina, los ministros, y los duques de P. . . . El cardenal, digno anciano que despliega una grande energia en los asuntos religiosos, es al mismo tiempo presidente de la Cámara de los Pares. ¡Ojalá llegue a conseguir introducir en este país la influencia de la Iglesia! En este tiempo, y gracias en gran parte a la indiferencia de los que gobiernan, la religion no es mas que un accesorio. Jamás se vé un eclesiástico en la corte, todo aquí tiene un marcado color de protestantismo.

<sup>1</sup> Así lo hizo en los años siguientes; y cuando ha ascendido al trono, ha justificado mis palabras, haciendo la felicidad de Portugal. [NOTA DE MAXIMILIANO.]

El duque de P. . . . es un pobre hombre minado por las enfermedades; inspira aun mas compasion cuando se piensa que sus inmensas riquezas lo destinaban a gozar de la vida de la manera mas noble y mas brillante. La duquesa rivaliza en obesidad con la reina. Sin duda por este motivo la convidan siempre a la primera comida de gala que se dá a los príncipes extranjeros: seguramente la llaman para que haga contrapeso a su soberana. Siendo apenas de veinticuatro años, tiene una hija de doce. La historia de su matrimonio es de las mas curiosas: el duque de P. . . . es aquel poderoso ministro, aquel famoso embajador de Portugal, que como Esterhazy, hizo hablar tanto de sí en la vieja Inglaterra por su fausto y su magnificencia. Era ya anciano, cuando despues de haber disipado su fortuna, tuvo el capricho de hacer robar a esta niña, que entónces tenia nueve años, a sus padres que eran colosalmente ricos. Su padre era un banquero que habia rehusado este brillante matrimonio para su hija única a causa de la salud del futuro esposo. Sin tardanza ninguna la niña fué desposada con el enamorado valetudinario, y enviada a un colegio de Suiza. Los pobres padres hicieron fuertes reclamaciones; pero la pareja se encontraba indisolublemente unida por los esponsales: P. . . . era un hombre poderoso, y el país en que esto pasaba se llamaba Portugal. Hoy la duquesa nada en la opulencia. . . . y en la grasa: parece haber aceptado su suerte con una resignacion de todo punto cristiana: cuida de su marido con abnegacion perfecta, y consagra los ratos de ocio que le quedan a gozar de su título y de su gran fortuna. Su aventura hizo ruido por uno ó dos dias: en la sociedad no se hablaba mas que de este rapto; pero transcurrió el tiempo y no se volvió a pensar en él.

Entre los ministros solamente observé al de negocios extranjeros, que segun me dijeron es el mas célebre escritor de Portugal. Sospecho mucho que escribe mas de lo que hace; sin embargo, habla el francés bastante bien.

Por el contrario el mariscal de campo duque de Terceira, es el tipo del perfecto caballero de los antiguos tiempos; un hombre lleno de miras superiores y excelentes, un personaje de consumada dignidad y cuyo encuentro es una buena fortuna para los extranjeros.

Dos noches estuve con la reina. La primera en el teatro *San*

*Carlo*, vasta é imponente sala aunque un poco maltratada, y que a pesar de sus amplias dimensiones, no puede rivalizar con el San Carlo de Nápoles. La sala estaba llena; exhibian el panorama del Mississipi que ha dado ya la vuelta al mundo. Miéntras que el espectáculo se presentaba a nuestra vista, la reina me interesaba vivamente con sus notables observaciones acerca de su pais natal. Aquella augusta persona hablaba con calor de su hermosa patria, el ardiente Brasil. Cualquiera que sea el país en que uno haya nacido, el amor de la patria siempre es el mismo.

Hablamos tambien de Lisboa y de Portugal. Con este motivo el rey elogió el libro de Lichnowsky, único que en su concepto es exacto; y manifestó poco aprecio por el que ha escrito con el mismo objeto la condesa de Hahn-Hahn. La reina se mostró ofendida por la admiracion que causó a la condesa Ida la vista de un bastidor que se encontraba en la habitacion. «Una persona que gobierna, dice la condesa, no deberia ocuparse en semejantes cosas.» Con cuyo motivo la reina, que es una mujer dedicada al interior doméstico, respondia muy maliciosamente: *Sin duda ella querria que yo escribiese libros.*

Un domingo en la tarde fuí con María da Gloria a ver una corrida de toros. Los jóvenes príncipes creen este espectáculo demasiado bárbaro y jamás asisten; pero las princecitas, dos niñas seductoras, tienen un apasionado cariño a estos combates. Mas ¿qué digo? No son estos los combates de la caballeresca España, son unos juegos ignobles y repugnantes.

Para mengua de la nacion portuguesa, el toro se presenta en la arena con dos bolas de madera en los cuernos: lo excitan, lo estimulan, hacen del espectáculo una mascarada, una irrisión. Es verdad que hay *picadores* como en España; pero la rapidez de los caballos y su propia cobardía los ponen a cubierto de todo peligro. Asimismo se ven aparecer hombres con capas y *banderilleros*; mas ¿dónde está el hermoso *matador* que tan bien sabe atraerse el entusiasmo?

Despues de haber sido atormentado el toro, es asido por criados forrados de cojines y conducido a su prision.

Farsas groseras y de mal gusto, buenas solamente para divertir a la hez del pueblo, llenan los intermedios de este espectáculo.

Negros vestidos con trajes extravagantes, que ruedan en el polvo delante del toro, y que tienen obligacion de dejarse pisotear y atropellar como si fuesen perros. Otros comienzan una comida en medio de la plaza, debajo de una campana de papel, y lo agradable es ver entónces al animal furioso acometer a toda la reunion y trastornarla; otros, por último, se deslizan en pequeños trineos sobre una especie de montaña rusa y procuran que el toro caiga sobre ellos cuando el vehículo está en movimiento. En una palabra, la representacion entera es una bufonada insípida, en que el valor del hombre no tiene ocasion de mostrarse. El pueblo rie y aulla, como un rebaño de brutos... ¡Qué léjos estamos del fogoso entusiasmo de los españoles y de aquella embriaguez generosa que les inspira la vista del peligro!

Estos cobardes martirios que se hacen sufrir a los hombres y al animal, forman un espectáculo que debe ejercer sobre el pueblo una influencia perniciosa; es un alimento que se presenta a sus instintos groseros, miéntras que en España una lucha ardiente y generosa realza al hombre en todo su mérito. Allá reúne el toro todas sus fuerzas y el hombre todo su valor, se atacan cuerpo a cuerpo, la sangre corre, hay emociones extraordinarias en este combate; el hombre no se humilla al nivel de la bestia, ni se abate la bestia como si fuera cosa inanimada. En España hay combate, pero un combate leal, y por lo mismo esta diversion popular no parece cruel ni un solo instante; mas aquí, donde no se trata sino de un juego innoble y cobarde, la menor desgracia se hace demasiado repugnante. He visto en Sevilla caer gran número de caballos, sin que un solo hombre haya salido lastimado: aquí dos luchadores encargados de apoderarse del toro quedaron horriblemente maltratados: cayeron en los cuernos del animal que los arrojó al suelo, hiriéndoles el vientre y las costillas con redoblados golpes; hasta que en fin, se arrastraron fuera de la plaza ensangrentados y medio molidos. Verdad es que me aseguraron que con una poca de arena de la plaza, desleida en un vaso de agua, se curarian de una manera maravillosa, y estarian dispuestos para aparecer en la liza el domingo siguiente. Todo aquello me causaba horror, miéntras en España me sentia entusiasmado y embriagado a la vista del combate.

Hubo, sin embargo, algunas escenas interesantes. Dos veces saltó el toro sobre la pared de tablas con un ímpetu furioso. Otra vez levantó del suelo a una especie de criado ó payaso con su rocinante, de tal manera que ginete y montura pasaron uno sobre otro, hicieron una voltereta completa como jamás se ha visto, sin que les sucediera desgracia ninguna y sin que el campeón llegara a soltar los estribos. El payaso en este ejercicio gimnástico no perdió mas que su cabellera, con gran diversion del público, porque era una soberbia peluca con que lo habian adornado. En aquel momento se despertó en mí el ardor español, y con bravos involuntarios, que tal vez no eran muy convenientes en presencia de la reina, manifesté mi satisfaccion al valiente toro, deseándole un triunfo mas decisivo.

Otra vez tuve ocasion de ver la corte en una funcion religiosa, en la fiesta del *Santissimo Coração de Jesus*. El Divinísimo que habia estado expuesto, fué llevado al tabernáculo en procesion solemne, y se celebró una misa cantada. La reina entró a la iglesia teniendo a su lado al rey consorte y al *Deus ex machina*, quienes llevaban sobre su uniforme una mantilla de encaje, que es la extravagante insignia que usan en las funciones mas solemnes los grandes cruces de la órden portuguesa. Doña María se colocó bajo un dosel entre ambos personajes y asistió en pié al santo sacrificio de la misa. S. . . que además de sus otras funciones oficiales, parece desempeñar el papel de bufon de la corte, decia una multitud de insípidos chistes a su Majestad. Pregunto, ¿qué efecto debe esto producir en el pueblo? ¿De dónde vendrán la obediencia y el respeto a la majestad terrestre, si ella a su vez no sabe inclinarse ante la Majestad Divina?

La persona mas agradable y seguramente mas avisada de la corte es la emperatriz viuda Amelia, segunda esposa de D. Pedro. El cruel destino ha perseguido con un encarnizamiento ciego a esta soberana desde su mas tierna juventud. Cuando estuve en Lisboa ella vivia en Bemfico con su amable hija, princesa distinguida, cumplida como no se ven muchas, a quien poco despues arrebató la muerte. Bemfico es una *quinta* encantadora donde recibí la mas cordial acogida y la mas digna de un buen pariente.

Asistí a un gran baile en casa del marqués de V. . . que, dicho

sea de paso, es un verdadero fátuo y quiere representar el papel de aristócrata fastuoso, de gran señor del siglo diez y seis. Allí ví otra vez y de cerca a la sociedad de Lisboa; hablo de la sociedad que se divierte. Habia ricos y elegantes adornos, muchas cabelleras negras y rostros aceitunados; pero pocas ó ningunas hermosas. La casa estaba decorada con una riqueza extraordinaria, aunque sin el menor gusto, verdadero lujo de advenedizo. Hebés de yeso figuraban entre los mas bellos vasos de antigua porcelana de China. A mi llegada, cuando aun estaba en la calle, el anfitrión hizo tocar en honra mia nuestro himno nacional: apenas entré al vestibulo, la orquesta de arriba lo volvió a tocar: ántes de que comenzara el baile resonó de nuevo, y en fin, se estuvo tocando toda la noche hasta las cinco de la mañana. Este sencillo rasgo basta para caracterizar al buen marqués.

Enseñan a los extranjeros, como una maravilla, el cementerio de Lisboa, que no es mas que una imitacion del *Padre La Chaise*. Las ideas modernas han prohibido a los grandes personajes, con excepcion de la familia real, hacerse enterrar en las iglesias: hoy ricos y pobres, deben ir al panteon, lo que hace que la ostentacion y las distinciones sociales, sean aun mas repugnantes para el espíritu cristiano. Junto al lugar en que el pobre está enterrado como un perro, el rico se hace construir un templo como para un ídolo, un verdadero templo pagano, cuyo fausto ofende a la vista. Tengo horror a esos cementerios lujosos, en que no veo mas que una decoracion de teatro, en que el arte sustituye al sentimiento religioso, en que tantos monumentos sin armonía, turban y destruyen la impresion. Si el último asilo no está lleno con un pensamiento poético, se convierte en un objeto odioso: en lugar de piedad y de edificacion, no inspira mas que disgusto. Semejantes lugares no deberian llamarse tierra santa, ni campo de descanso, porque en ellos faltan el reposo y el carácter religioso. Otros nombres le convendrian mejor: *Almacen de Hein* y *Compañía, Circo de la muerte, Corso funerario, Baluarte de los muertos*. Los verdaderos modelos son siempre los antiguos cementerios, el magnífico Campo Santo de Pisa, y los incomparables lugares de sepultura de Turquía. Allí los pobres y los ricos encuentran la igualdad de la tumba bajo los cipreses y los plátanos; las tortolitas hacen

oir su gemido en el follaje, y a la sombra de los grandes árboles, los que sobreviven pueden entregarse sin reserva a su pesar.

Un día, la niebla y las nubes se disiparon, el sol brillaba con todo su esplendor, y comunicaba al Tajo y a sus riberas ese encanto de luminoso esplendor que solo pertenece al Mediodía. Atravesamos en un buquecito de vapor el ancho río para hacer una visita a la *Otrabanda*.

Desembarcamos en una aldehuela enfrente de la ciudad, tomamos unos asnos, y anduvimos a la ventura en aquel país desordenado y confuso: le llamo así, porque es medio salvaje, medio civilizado, medio cultivado, medio virgen, monstruoso y plano, bello y horroroso, según las localidades. No teníamos plan ni objeto; corrimos en todos sentidos por los hondos caminos, entre matorrales de acebo y atravesando campos y aldeas. Nos manejamos todo el día como estudiantes prófugos, entregándonos en medio de una loca alegría, a una especie de *steepie-chase*<sup>1</sup> furibundo. Hicimos el circo a galope: en pie sobre la silla, ejecutamos suertes de fuerza y de equilibrio más ó menos graciosas; cabalgamos en dos monturas a un mismo tiempo: de aquí se originaban algunas caídas y rodábamos por la tierra. Es necesario figurarse todo esto, con el noble corcel de orejas largas. Nos aprovechábamos de nuestro aspecto británico para permitirnos, al abrigo de la razón social, semejantes extravagancias en el suelo lusitano.

Pero en el almuerzo estuvimos a punto de que nos sucediera una desgracia, a pesar de Albion. Nos habíamos acomodado bajo unos olorosos pinos, y descansábamos tendidos en la yerba, en un terreno que supusimos neutral y que no lo era; porque apenas nos habíamos instalado, corrió a nosotros una especie de furia con la boca llena de maldiciones. Imposible fué apaciguarla con demostraciones pacíficas, era un dragón desencadenado: temblaba, arrojaba espuma de rabia, y nos amenazaba, según pudimos comprender, con amotinar a toda la población para desalojarnos a palos de nuestra posición inofensiva. La situación se hacía crítica: éramos en muy corto número para hacer frente a todo un pueblo, y ninguno de nosotros entendía el duro idioma portugués. No te-

<sup>1</sup> Carreras de caballos

niamos armas, ni siquiera un bastón. No nos quedaba, pues, más arbitrio, que poner en práctica la política de la vieja Inglaterra, la tenacidad fría é imponente, la sordera diplomática: permanecimos sentados como las estatuas de los dioses en Méfis, y el furor lusitano cayó ante nuestra inmovilidad granítica, y se convirtió en nada. Después de haber terminado alegremente nuestro *lunch*, volvimos a montar en nuestras bestias, aunque un poco molidos, y dejamos, con aspecto friamente triunfante, el teatro de nuestra victoria sobre la pasión desencadenada.

Fuera de algunas excepciones, Lisboa no tiene el carácter meridional: todo está modelado a ejemplo de los estados del centro de Europa. Las casas, con sus techos elevados, dan a la ciudad una fisonomía germánica: en las calles tienen las gentes un aspecto de calma y de gravedad. Se ven elegantes carruajes en que la sociedad *fashionable* se pasea con adornos parisienses: las tiendas reciben la luz por grandes vidrieras con bastidores de mármol: desgraciadamente también el pueblo va a su trabajo con traje francés. El Tajo está cubierto de buques, sus muelles están contruidos con piedras de cantería, en ellos se ve el movimiento y la vida de una ciudad marítima, pero no hay vestigios de ese gusto, por el adorno y el ruido, de ese movimiento sin objeto que caracterizan a otras ciudades del Mediodía: los hombres no son aquí bulliciosos como en otras partes: se creería reconocer más bien en ellos, las muestras de una educación inglesa que les ha sido impuesta, el pesar por la independencia perdida. Lisboa tiene demasiada calma para una gran ciudad situada en esta Península maravillosa. Tal vez debe buscarse la causa de estas costumbres en esas nieblas húmedas que cubren el país, en esas corrientes de aire frío que sobrevienen súbitamente, y en la pesadez del vestido; por ejemplo, en esas grandes capas que usan las mujeres del pueblo, y que el clima hace tan necesarias.

Cada país, cada pueblo tiene su tiempo, y el tiempo de la Lusitania ya pasó. Nos afligimos al ver eclipsada la grandeza de un pueblo; pero a lo menos, queda el recuerdo: en cuanto a los decretos del destino, sabido es que los mismos dioses se inclinaban ante ellos. Portugal era una planta de los trópicos, planta magnífica, prontamente desarrollada, espléndida en su florescencia, ali-

mentada con jugos generosos, pero de corta duracion. Era uno de esos bejuco que nacen de un pequeño grano, se apoyan en un tallo extranjero, le toman sus jugos alimenticios, florecen, producen frutos, y al fin, son ahogados por el potente desarrollo de sus apoyos. Las colonias eran la fuerza de Portugal: mientras él pudo alimentarse con la sustancia de aquellos, fué floreciente; hoy el bejuco ha dejado de vivir: sus ramas extendidas a lo léjos, se han secado con el aliento del Mediodía, y ya solo quedan algunas hojas marchitas suspendidas del tallo.

En el extranjero que no se contenta con una mirada superficial, Lisboa produce una impresion profunda de tristeza: su decadencia es demasiado visible; la ignorancia y la corrupcion de los funcionarios políticos, son demasiado sensibles: se ve muy claramente que todas las fuentes de la vida están agotadas, y que no se abren otras nuevas; y se comprende demasiado bien, que el país se sostiene únicamente, porque estamos acostumbrados a ver hace siglos en el mapa, el nombre de Portugal. El país y sus habitantes, me parece que son comparables con un hidrópico: la carne y la grasa se trasforman en una linfa que conduce al enfermo a la muerte. Cuando la descomposicion comienza, la vida huye, ó como dice el proverbio: "Los ratones abandonan la casa ántes de que se desplome."

Dejé a Lisboa y las márgenes del Tajo, en una disposicion de espíritu melancólica. Era una tarde: el Poniente estaba espléndido: el sol derramaba en el horizonte tintes de oro y de púrpura, y una brisa deliciosa venia de la mar.

Nuestro derrotero nos obligaba a volver a pasar por Cádiz, adonde nos condujo en poco tiempo el buque de vapor. Gusté aquí, como el año anterior, algunos dias de felicidad y alegría, y encontré a nuestro viejo cónsul, siempre vivo y expedito a pesar de sus ochenta y seis años.

Atravesé de priesa en un mal carruajillo, algunos lugares mal afamados é infestados de bandidos, para ver otra vez a Sevilla, mi ciudad muy amada. Quería consagrar de nuevo todas las facultades de mi alma, sentir la magnificencia de España, y las bellezas incomparables de la ardiente Andalucía. Fueron estos dias de aquellos en que se hace provision de recuerdos para muchos años.

Gustaba yo de esa felicidad que solamente nos es concedida en un viaje, cuando sin esperarlo, podemos hacer una segunda visita a poblaciones que nos fueron queridas: entónces se disfruta en mayor escala de las bellezas que la primera visita nos permitió apreciar, y no se desperdicia un tiempo precioso en objetos que no merecen la atencion.

Jamás olvidaré la noche que pasé solo con un amigo en el mágico palacio del Alcázar. La luna se ostentaba radiante en el éter sombrío: las estrellas brillaban como diamantes: la noche serena y apacible, tenia no sé qué de misterioso y divino. Los arcos y los pórticos parecian mas graciosos y mas esbeltos que nunca, a la luz de la luna, cuyos rayos inundaban los patios de mármol y jugueteaban como silfos en las aguas de las fuentes. Una calma encantadora y sobrenatural reinaba en los vastos salones enteramente abiertos del antiguo palacio de los moros: la mirada, atravesando el velo mágico de la noche, se deslizaba por las habitaciones, pasaba por la ciudad adormecida, é iba a reposar en la venerable cúpula envuelta como en un tejido de rayos. Los estanques y las azoteas entre las sombras de la noche; las rosas exhalaban en silencio sus perfumes; una ligera brisa hacia temblar el follaje de los naranjos, y los cálices de marfil del jazmin, nos enviaban el discreto saludo de sus aromas embriagantes. Los reflejos del agua parecian una legion de duendes bailando en la orilla de los prados, perdiéndose bajo las flores cubiertas de rocío, para salir otra vez y chispear de nuevo a la claridad de la luna, como si en medio de sus caprichosos juegos y adornados con sus trajes de plata, quisieran hacer la corte al astro de la noche.

Shakspeare ideó el *Sueño de una noche de verano*: Mendelsshon oyó sus armonías y sus cantos; pero yo la he visto!

# MADERA

## CAPÍTULO SÉTIMO

### FUNCHAL

4 de Julio de 1852.

¡Con cuánto pesar dejamos a Cádiz, esa ciudad que se levanta del seno de la mar como una aparición mágica! Habíamos pasado en ella momentos felices. El día de San Pedro habia yo asistido a una de esas corridas de toros a que soy tan aficionado, y habia visto la extensa plaza llena de las andaluzas mas hermosas y seductoras. En la *Alameda*, en el *Salon* al aire libre de *Cristina*, nos habíamos mezclado con la multitud elegante. ¡Cuántas mujeres y muchachas admirables habia, con ojos negros y brillantes, bonitos y pequeños piés, con la mantilla de encaje, la rosa en el pelo, y el abanico en la mano! Habia tantas, que se podia decir con el proverbio: "Los árboles no dejan ver el bosque." Estábamos embriagados, exaltados hasta el fondo del corazon; no hallábamos palabras con que expresar nuestro entusiasmo.

Aun estaba lleno con el recuerdo de Sevilla, la ciudad de España que me es mas querida y que habia tenido la felicidad de ver por segunda vez: aun estaba bajo su encanto . . . y era preciso emprender de nuevo el camino; volver al fastidioso y humeante navío, y dirigirme a una isleta insignificante y lejana.

Debíamos obedecer sin embargo: con el corazon oprimido y como atacados de nostalgia, levamos anclas el 30 de Junio, y nos lanzamos a todo vapor a través del Océano. Durante cuatro dias

y cuatro noches, cortamos sin detenernos las olas del Atlántico: el humo, el calor y el polvo del carbon, me daban *spleen*. En fin, el 4 de Julio, al salir el sol, cuando subí al puente, parecia que una obra mágica se habia ejecutado en la noche. Bajo los rayos dorados del sol de los trópicos, en el seno de un mar refulgente y azulado, bañada en una límpida atmósfera, se levantaba delante de mí una isla majestuosa, una isla de basalto, de color violado, vestida con la mas fresca yerba de la primavera. Era una imágen seductora, formada para entusiasmar el alma y llenarla de alegría. Una serenidad celeste reinaba en aquel cuadro, y sin embargo, estaba envuelto en un ligero vapor: tenia la luz una claridad sobrenatural, como una alma que se manifiesta en los ojos inspirados. Un aire delicioso penetraba a torrentes en el tranquilo pecho: se presentia un mundo nuevo, un paraíso terrestre.

Los idiomas aleman y frances, tienen cada cual una palabra que parece inventada para designar a Madera: los franceses dicen *éclat* (brillo), nosotros, *schmelz* (esmalte). No conoce uno todo el significado de estas expresiones, sino cuando está anclado en la rada de Funchal que es la capital de Madera. Desde la base hasta la cima, estas arrogantes y atrevidas rocas de basalto están cubiertas de hermosos prados, y sobre ellos innumerables pueblos, circundados de flores, están sembrados como perlas. Hasta la imponente plataforma que corona la iglesia de *Nuestra Señora da Monte*, la mirada se extiende sobre las risueñas casas de campo, que se dibujan sobre las encinas de nuestras comarcas y los opulentos castaños de Italia. La ribera, adonde la mar viene a romper sus espumosas olas, presenta un conjunto de rocas fantásticas y tramos pintorescos, cubiertos con magníficos laureles, geranios y mil especies desconocidas de arbustos floridos, sin hablar del plátano de anchas hojas, y del palmero de tallo esbelto y majestuoso.

La ciudad es elegante, aunque pequeña; está dominada por una ciudadela. Otro fuerte corona una roca negra de basalto que se levanta del seno de la mar, y forma el ala derecha de una especie de anfiteatro. Allí desembarcamos, y súbitamente nos vimos transportados a un paraíso de flores en que las gracias de la naturaleza nos sonreían por todas partes.

He recorrido grande porcion de la tierra, y puedo decir que nada he

visto tan hermoso. He cortado la rosa de los Alpes en las neveras resplandecientes: he atravesado sobre el arrogante corcel árabe, los bosques de cipreses de Esmirna: he cogido la adelfa en las encantadoras riberas del golfo de Lepanto: me he mecido en las olas azuladas de la gruta de Capri: he tomado las flores de los jardines mágicos de la Alhambra; pero aquí encontraba reunidos todos aquellos tesoros de la naturaleza, y ademas, un no sé qué inexplicable que me presenta a Madera como un paraíso terrestre. ¿Es acaso el aire trasparente como el cristal, que se siente delicia en respirar? ¿Es la variedad infinita y encantadora de las flores ó su perfume penetrante? ¿Es la eterna primavera que hace que Julio tenga aquí mas encanto que nuestro mes de Mayo? ¿Es, en fin, ese clima siempre igual, siempre fresco y vivificante, tan hermoso en la noche como en el dia, siempre cariñoso, siempre suave? No sé decirlo; pero sí sé muy bien que aquí he vivido doblemente, siempre feliz, siempre contento, y que seria para mí una dicha sin igual, un gusto precursor de la felicidad celestial, poseer una casa de campo en este país.

La vegetacion del universo entero está representada en Madera del modo mas grandioso. Las plantas del Norte: encinas vigorosas, helechos abundantes, madre selva aromática: las de Italia: castaños y naranjos, las soberbias camelias de China, el cafetero de Arabia que yo no habia visto en otra parte tan fecundo y tan extendido: la preciosa piña de América que veía tambien por la primera vez al aire libre, el plátano siempre cargado de fruto, y otras cien plantas raras, que entre nosotros no se ven mas que en los invernaderos de los jardines, donde están marchitas y donde las admiramos: sin embargo, están aquí como en su casa, con su brillantez y con sus flores. Hé aquí por qué me imagino que Dios, viendo el trabajo que se toman los hombres para reunir en jardines, que llaman botánicos, todas las plantas del globo, creó a Madera para manifestar a los mortales que querian usurparle sus funciones, que el antiguo Creador entendia de esto mejor que ellos; y desde aquel tiempo, Madera es el jardin de Dios, y ninguno hay que le sea comparable.

Nuestra primera visita fué para el cónsul austriaco M. de Bianchi, tío del mariscal de campo Bianchi, duque de Casalanza. Es

un amable anciano que lleva entre una mujer excelente y hermosos hijos, la vida ideal de un patriarca. Su jardín forma una especie de azotea sobre la muralla de granito; sus dos casas están medio escondidas en él, como en una canastilla de flores.

Adelfas, cafeteros, palmeros, naranjos, plátanos, parras, frutas enredaderas de aromas balsámicos, todo lo que se puede imaginar de flores y de perfumes exquisitos, está allí enlazado en un desorden poético, formando anchas glorietas de follaje. Desde el seno de esta vegetación tropical, la bandera encarnada y blanca nos dirigió la bienvenida.

La más pequeña de ambas casas, blanca y limpia, sencilla y elegante, como conviene a un comerciante acomodado, fué destinada para nuestro uso. Nos aguardaba un almuerzo compuesto de golosinas tropicales, nuevas para mí en su mayor parte; sin embargo, teníamos empeño por ir a la ciudad, porque deseábamos alcanzar la misa, y era tarde.

Funchal es una ciudad bonita y limpia. Las casas no tienen más que un solo piso; en todas hay balcones y celostas. Me recordó las ciudades que tienen baños y también las de la América del Sur: se siente en ella la impresión que se experimentaría en el seno de una familia arreglada; parece una reunión moderada y pacífica que se divierte en el fresco césped en el mes de Mayo. No se puede negar que la población está formada conforme al modelo de las colonias inglesas, sobre todo, en cuanto al aseo y al *comfort*; por esto se ven muchos ingleses en Funchal, especialmente en el invierno, que vienen a fortificar sus pulmones bajo la suave influencia de este clima. La manera de vivir de los enfermos, comunicada a la ciudad un aspecto de tranquilidad y de paz. Para los ingleses de buena salud, Madera es una fuente de recursos. ¿Quién dejaría de desear que este país se viese bajo el cetro de Inglaterra? La sabiduría del gobierno inglés que ha transformado las islas Jónicas en un paraíso terrestre, ¿cuántos adelantos introduciría en esta isla que por sí misma es, como Luca, el *pleasure ground* del universo? Entretanto, la administración portuguesa, que es la peor del mundo, nada ha sabido hacer por Madera. A pesar de sus naturales riquezas, esta colonia nada produce para la metrópoli, en cuyas manos es una propiedad sin valor.

Entre las curiosidades de Madera, doy la preferencia al tocado, que es el más extravagante que he visto: es un gorro como de una cuarta que termina en una punta tan aguzada como la de un pararrayos, y que se coloca a manera de embudo al revés sobre la parte más alta del cráneo. Bien pudiera considerársele como un capricho de carnaval, digno de los habitantes del Mediodía, pero nunca como un tocado popular: precisamente es contrario a su objeto en este país, en que el sol tiene una fuerza sin igual. Jóvenes y viejos van y vienen al sol y al agua con su cucurucho azul en la cabeza; y lo que más sorprende al extranjero, es que estas gentes puedan mirarse unas a otras sin reventar de risa. Nunca pierde su equilibrio este sombrero singular; los campesinos lo usan aun trabajando; parece que nació con ellos, y les da una fisonomía chinesca que completan sus rostros, amarillos y aplastados. El pueblo pretende que la punta del sombrero concentra los rayos del sol y liberta a la cabeza de las insolaciones, como el pararrayos precave de los rayos.

¿Por qué serán tan feos los habitantes de Madera? En medio de tan hermosa naturaleza, se siente uno desconcertado al ver las anchas caras de los mulatos. Otra cosa serían, si los españoles se hubiesen establecido en este país.

5 de Julio de 1852.

Cuando se levantó el sol ya nos encontró en la *quinta* de nuestro amable cónsul. Los rayos del sol venían cargados con todos los fuegos de los trópicos. El aire estaba embalsamado con los perfumes de las adelfas, cuyas ramas se elevaban, como ramilletes de flores gigantescos, sobre las paredes del jardín. Al principio habíamos creído que aquel agradable olor venía de los tilos muy semejantes a los de nuestro país; pero se nos dijo que la adelfa cuando está en masa bajo este clima, despide un perfume tan semejante al del tilo, que ambos se confunden. Así es como en esta isla feliz se descubren a cada paso nuevas riquezas de la naturaleza que causan un verdadero entusiasmo por los encantos de este paraíso perdido en el seno del océano.

Hemos empleado la mañana en hacer una excursión a caballo:

seguimos la orilla de la mar; el camino pasaba entre casas construidas con grandes trozos de basalto en que innumerables lagartijas se calentaban al sol. En fin, a través de ricos viñedos llegamos a *Soccoridos*, como se llama una corriente de agua que ha abierto su cauce entre masas de rocas basálticas, abriéndose camino hasta la mar. Las parras se cubren del mas fresco verde en estas paredes de roca; las anchas hojas del plátano se mezclan de trecho en trecho, de roca en roca, con la de la parra, y forman risueños bosquecillos y las mas gratas sombras sobre todas las pendientes. El atractivo particular de Madera consiste en presentar así paredes de basalto que parecen formar precipicios y que están cubiertas de la mas amable vegetacion. De esta suerte, estos paisajes reúnen las atrevidas pendientes de Suiza con los horizontes graciosos de Italia y la naturaleza exuberante de la América del Sur.

Un puente atrevido y muy estrecho, porque no hay coches en Madera, se encuentra en la barranca: este lugar me ha recordado los campos de lava cubiertos de yerba que se ven en el Vesubio abajo de la Ermita. Los viñedos, cuya espesa sombra nos protegía miéntras subiamos la opuesta pendiente, me trajeron a la imaginacion los alrededores de Meran, el mas hermoso canton de las Marchas tirolesas.

El párroco que se encontraba a la puerta del curato nos invitó a que entrásemos a tomar algunos refrescos. Descansamos un momento en la casa de aquel hombre excelente, aunque sin aceptar lo demás de su invitacion.

Poco despues entrábamos bajo la sombra de un magnífico bosque de castaños, cuyo suelo está tapizado con la madreselva y los helechos de nuestro país. En la vertiente de otra montaña se extiende un océano de follaje, que da sombra y que murmura como una selva de Alemania: Heimbach se presentó al punto a mi memoria: creía oír el suave lenguaje de nuestros bosques; era como si el suelo de Austria me hablase desde léjos. En medio de esta amable soledad se oculta la casa del antiguo cónsul inglés. A la entrada del jardin, bajo una alta bóveda de follaje, brota un arroyo que hay que pasar por un puente rústico arrojado sobre dos pedazos de roca. Una *quinta* como ésta, edificada en un océano de

yerba ó perdida en alguna isla separada del mundo y encerrando sin embargo todo un mundo de felicidad, de íntima felicidad, tal es mi sueño y la imágen en que mi pensamiento se detiene complacido; y aunque en este paraíso no hubiese dicha perfecta, puesto que la completa felicidad no es de este mundo, siempre este Eden seria muy propio para calmar las pasiones. El feliz propietario ha tenido la fortuna de descubrir este retiro delicioso y de poder embellecerlo. Los ingleses recorren la vasta esfera y levantan su tienda donde les agrada, en Oriente ú Occidente, en el Sur ó en el Septentrion: son libres y fácilmente se eximen de las necesidades que su clase les impone: se crían un mundo conforme a su gusto y a sus bienes: se establecen en este pequeño círculo, y a pesar de todo no olvidan su patria; por el contrario, la engrandecen con alguna conquista nueva donde la vieja Inglaterra sigue viviendo tan cómodamente como en el Reino Unido. Sí, es uno de mis sueños permanecer por largo tiempo en Madera, aquí compraría esta casa para cantar en ella mis canciones y exhalar en los bosques las alegrías de mi alma.

Muchas gentes se burlarán de mi puerilidad; pero yo he escogido un pedazo de basalto en la cumbre de la montaña y lo he hecho trasladar a la ciudad por algunos de los numerosos guías que se disputaban la honra de llevarnos a remolque por la florida yerba. Aquel peñasco será la primera piedra de mi *Tusculum*, cuyo proyecto he concebido hace muchos años. Poco tiempo há que escogí el lugar donde lo he de edificar, y mañana que es el día en que entro a la mayor edad, debia poner la primera piedra en mi país; mas ya que el océano me separa de él, escogí en este paraíso terrestre, en este Eden bendecido por Dios, la piedra que debe servir de cimiento a mi pequeño Eden particular.

Establecimos nuestro campo al pié de una verde colina y bajo la sombra de una encina elevada: nos sentamos en la yerba, y gracias a la prevision de nuestro amable cónsul y del mas jóven de sus hijos, tomamos un excelente almuerzo, en que el vino de la isla representó el papel principal y ocupó el lugar del agua.

Durante aquella colacion llamé a mi lado, con grande escándalo de mis amigos, a algunos pastorcillos, niños que merecian retratarse, con una sencilla camisa y un desaseo pintoresco. Les